8193

El Pañuelo Verde.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

ALEJANDRO DUMAS

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

JEJEN

MADRID
"LA COMEDIA MODERNA"
Plaza San Martín, 3

CLARA.—Yo os pregunto cómo se le habla.

MOZO.—Señora, como se le habla se le llama señor, como á todo el mundo; él es bueno y servicial.

CLARA.—¡Dios mío, yo no os pregunto eso!

MOZO.—Entonces, ¿qué pregunta la señora?

CLARA.—Yo pregunto que cuando hay que hacer una reclamación al jefe de la aduana, qué es preciso hacer para hablarle.

MOZO.—Yo creo señora, que lo más seguro es ir á su casa.

CLARA.—Está bien, envíarle esta carta. (*Se sienta y escribe.*) «Señor jefe de la aduana: La señora Clara Wilkins, natural de Belfort, desea tener con usted una entrevista por haberme decomisado los aduaneros un pañuelo de Manila que compré en casa Brousse, calle Richeliu. Espero que justificando mi compra en el país, será levantado el decomiso impuesto bajo pretexto de que es un pañuelo extranjero. Tengo el honor etc.» Tomad, mozo, y que lleven esta carta lo más pronto posible al jefe de la aduana.

MOZO.—Al instante, señora, al instante.

CLARA.—Y la respuesta.

MOZO.—Será entregada á la señora en cuanto vuelva el demandadero.

CLARA.—Está bien, salid. (*El mozo sale.*)

ESCENA IV

CLARA.—Un pañuelo de tan buen gusto, que me sentaba tan bien..., no es á los aduaneros á los que debo culpar, ellos cumplen su deber, pobres gentes, es un feo oficio, es verdad... Pero ese caballero... no merecía la pena después de dos años de ausencia encontrar un compatriota en un vapor, para que sin motivo, sin razón, sin pretexto... me haya jugado esa treta...; estoy furiosa; cierto que ese caballero me ha fastidiado bien durante la travesía, pero yo no creia que un hombre delicado, teniéndolo bien en cuenta que su porte lo es..., fuese capaz de semejante groseria... Quisiera saber qué ha sido de tal caballero..., de todos modos él puede estar tranquilo, en cualquier época que yo le encuentre, en cualquier lugar en que yo le vea seguramente que lo reconoceré y me vengaré.

ESCENA V

CLARA y CONRADO.

CONR.—Será posible que haya yo podido dejar una huella tan profunda en su ánimo.

CLARA.—¿Pero es usted, caballero?

CONR.—Si señora, yo soy.

CLARA.—Confieso que no esperaba tal placer.

CONR.—Es un placer, señora.

CLARA.—Será lo que usted quiera; la palabra no hace al caso.

CONR. Cualquiera que ella sea, me permitiréis felicitarme por la casualidad que me ha traído al mismo hotel que usted ha elegido.

CLARA.—Ciertamente que es una casualidad.

CONR.—Será lo que usted quiera, la palabra no hace al caso.

CLARA.—En verdad, caballero, que admiro la sangre fria de usted.

CONR.—Es la primera condición de mi profesión. Ya tuve el honor de deciros, si mal no recuerdo, que soy marino.

CLARA.—Es posible, yo no recuerdo si me lo habéis dicho...

CONR.—Yo creo haberlo dicho en aquel momento en que usted sufría un mareo, en mi cualidad de marino, es decir de hombre á quien este malestar le es desconocido, os ofrecí mis servicios..., había escogido mal momento...

CLARA.—No, caballero, no es que escogiéseis mal el momento que yo he olvidado..., es que no me agrada recordar ciertas...

CONR.—Permitid, señora; el recuerdo es una acción de nuestro cerebro perfectamente independiente de nuestra voluntad, y si usted quiere recordarme, todas las voluntades del mundo no lo impedirían, es como yo os lo digo, consecuencia de vuestro cerebro, y espero sea también de vuestro corazón.

La criada.—El cuarto de la señora está dispuesto.

Clara.—Está bién. (*A Conrado.*) ¿De mi corazón? Usted ha hablado de mi corazón según creo, caballero.

Conr.—Si, señora

Clara.—¿Por qué motivo?, os lo suplico...

Conr.—Porque todo el mundo tiene un corazón, órgano necesario para la vida, y habiendo hablado de vuestro cerebro sin que usted reclame, he creido que me era permitido hablaros de vuestro corazón... Si, yo he sido indiscreto, dispensadme señora..., os ofrezco mis respetos más cumplidos y me retiro. (*Falsa salida.*)

Clara.—Perdón, caballero, perdón; pero me asusta el oiros hablar de mi corazón, porque me parecia que usted me debia hablar de otra cosa...

Conr.—Pero, señora, ¿de qué? pues...

Clara.—De mi pañuelo.

Conr.—¡Ah, es verdad, señora! Como usted no me habló de él, me temí fuese indiscreto el recordaros ese enojoso asunto.

Clara.—¡Oh, muy fastidioso, os lo juro!

Conr.—¡Señora, yo estoy desesperado! Que por una galanteria de viaje...

Clara.—¡Cómo, caballero, me hacéis decomisar mi pañuelo y llamáis á eso una galantería!... Yo soy menos indulgente que usted y lo califico de traición.

Conr.—¡Ah, señora, la palabra es muy dura!...

Clara.—Si, traición, traición, y con circunstancias agravantes.

Conr.—En verdad, señora, un fiscal sería menos severo, y aunque me condenara á cadena perpetua me dejaria la vida.

Clara.—El momento fué por usted muy bien escogido.

Conr.—Usted me acusa y yo me defiendo como puedo...

Clara.—Os excusáis. Quisiera saber qué motivo podriáis dar por vuestra conducta; me véis inquieta por mi pañuelo y me hacéis creer que, aunque comprado en el pais, no puede entrar, y que toda gestión es inútil.

Conr.—Si, señora.

Clara.—Eso es un engaño.

Conr.—Si, señora.

Clara.—Usted debia haberme indicado algún medio para sustraerlo de la vista de los aduaneros

Conr.—Convengo en ello.

Clara.—Y asi yo hubiera salvado mi pañuelo pasándolo libre por la aduana.

Conr.—Es verdad.

Clara.—Entonces, ¿por qué me habéis denunciado á los aduaneros?

Conr.—Es forzoso convenir en ello.

Clara.—Y bien, caballero.

Conr.—Y bien, señora.

Clara.—Responded á mi pregunta.

Conr.—¿Qué pregunta, señora?

Clara.—¿Por qué habéis hecho decomisar mi pañuelo?

Conr.—Nada más fácil.

Clara.—Veamos.

Conr.—Primero, vuestro mantón me ha parecido de una seda mediana.

Clara.—La más pura del Thibet.

Conr.—De un dibujo vulgar.

Clara.—No habia más que ese en el almacén de Brousse, y era el primero que habia recibido de Bengala con ese dibujo.

Conr.—Un fondo azul.

Clara.—¡Ah!

Conr.—Yo soy como Muset, detesto lo azul; es un color bestial.

Clara.—Os dan las gracias, caballero, mis ojos.

Conr.—¡Cómo tenéis los ojos azules!

Clara.—Mireme.

Conr.—Los ojos azules son otra cosa... ¡Ah, para los ojos..., el azul es un encantador color! Permite á los poetas compararlos al azul del cielo, á el mar, y otra infinidad de cosas que sueñan los poetas.

Clara.—Nosotros nos alejamos de mi pañuelo, que la verdad, usted no habia muy bien visto; la prueba es que no es azul sino verde.

Conr.—Era verde... ¡Señora, usted me perdonará el error!

Clara.—¿Cómo mi perdón, si usted nada

me ha dicho, ni nada ha hecho para que le perdone?

CONR.—Entonces, señora, si usted no me perdona, es inútil que yo haga nada y me rompa la cabeza.

CLARA.—En fin, decid, pues en verdad, que me habéis hecho entrar en curiosidad.

CONR.—(*Mirando alrededor de él.*) ¡Chist!

CLARA.—Estad tranquilos, nadie nos escucha.

CONR.—¿Estáis cierta?..., en ese caso yo voy á haceros una confesión.

CLARA.—¿Cuál?

CONR.—Es el caso que yo traia conmigo cincuenta mil pesetas en pañuelos en mi equipaje... y á favor de la denuncia del de usted, yo no quiero atenuar los hechos, señora, ¡fué una denuncia! Yo llamé la atención de los carabineros y me capté su confianza.

CLARA.—¿Eh?

CONR.—Y yo he pasado mi contrabando sin que el fisco me cobre una peseta ni me decomise nada.

CLARA.—¿Cómo, caballero, y con tal objeto, me habéis hecho traición?

CONR.—Queriais saber la verdad, señora, y yo os la he dicho.

CLARA.—Entonces, ¿qué es usted?

CONR.—¿Qué?

CLARA.—¿Un contrabandista?

CONR.—¡Oh, Dios mio!, como dice M. Viardot. Yo soy contrabandista..., habéis oido..., cantar esa canción..., ella la canta de una manera soñadora, tiene, sobretodo, un *ritornello*, parece, en efecto, el eco que repercute en la montaña. (*Canta algo*).

CLARA.—Entonces confesáis que soy contrabandista.

CONR.—Yo lo confieso, es decir, á usted, pero á los carabineros..., peste..., de esos me oculto.

CLARA.—Y sin respeto á la distancia que separa un contrabandista se atreve...

CONR.—¿Cómo, señora, una mujer de *sprit* distinguido como el vuestro participa de esos prejuicios del vulgo?...

CLARA.—Ciertamente.

CONR.—Todo el mundo hace el contrabando, poco más, poco menos...

CLARA.—¿Todo el mundo?

CONR. Sin duda..., y yo os juro que una mujer puede ser graciosa, bella, espiritual, encantadora, aristocrática, y tratar de pasar un pañuelo sin pagar derechos.

CLARA.—Entonces, caballero, podemos resolver el problema muy fácilmente.

CONR.—¿Cómo, señora?

CLARA.—Si sois verdaderamente un contrabandista...

CONR. Yo lo he confesado y no me rectifico de ello.

CLARA.—Si, gracias á la astucia que usted ha empleado...; ved que dulcifico la palabra..

CONR.—Yo os doy las gracias por esa delicadeza.

CLARA.—Gracias á esa audacia habéis pasado cincuenta mil pesetas en pañuelos de la India.

CONR.—Puro Thibet, señora.

CLARA.—Entonces yo espero que me permitiréis reemplazar el pañuelo perdido y que me lo venderéis barato.

CONR.—Cómo no, señora, esa era exactamente mi intención, y si la señora me da sus señas en Paris yo me apresuraré á poner á su disposición un surtido de pañuelos del mejor gusto y de primera calidad.

CLARA.—Desgraciadamente, caballero, yo no voy á Paris.

CONR.—Poco importa, donde quiera que vayáis los pañuelos os seguirán...

CLARA.—Resolvamos mejor el negocio.

CONR.—Ordenad, señora.

CLARA.—Vuestros baules habrán llegado, ¿no es eso?

CONR.—Deben estar en este momento en el hotel.

CLARA.—Bien, enseñadme vuestro surtido y haré mi elección en seguida.

CONR.—Nada más justo, voy á dar órdenes.

CLARA.—Es inútil que salgáis para eso precisamente, he aqui el mozo del hotel que me trae una contestación á la carta que yo habia enviado al jefe de la Aduana.

CONR.—El jefe no está en su casa, señora.

CLARA.—¿Sabéis dónde está?

CONR.—Sí. Yo he oído decir que está en el campo.

ESCENA VI

Los mismos y el Mozo.

CLARA.—¿Traéis la contestación?

MOZO.—No, señora. El jefe de la Aduana está en el campo y devuelvo á usted la carta.

CLARA.—(*A Conrado*). Veo que estábais bien informado, caballero.

MOZO.—¿La señora tiene otras órdenes que darme?

CLARA.—Sí, haced traer las maletas de este caballero.

MOZO.—¡Las maletas de este caballero!...

CLARA.—Sí.

MOZO. La señora habla sin duda del portamantas y el loro...

CLARA.—¡Cómo!

MOZO.—Es todo lo que este caballero tiene aquí de equipaje.

CONR.—Mi mozo ¿todavía no ha llegado?

MOZO.—¿El mozo del señor, es decir, su criado?... Perdón, acaba de llegar al hotel con el portamantas y el loro, ha preguntado por el capitán Francarville y se le ha introducido en su cuarto siguiendo las instrucciones del señor.

CLARA.—Está bien; salid, salid.

MOZO.—Perdón, señora, es que yo deseo..., quisiera me hiciese el favor de su pasaporte.

CLARA.—Subid de aquí á un instante... voy á buscarlo y os lo daré.

MOZO.—Si el caballero tuviese la bondad al mismo tiempo...

CONR.—(*Sacando el pasaporte*).—Helo aquí.

MOZO.—Gracias, señor, comprended que si yo insisto es porque desde anteayer á lo que parece, hay órdenes muy severas.

CONR.—Bueno, salid.

ESCENA VII

CONRADO y CLARA.

CLARA.—Y bien, caballero...

CONR.—Señora...

CLARA.—¿Usted es el señor Francarville?

CONR.—Sí, señora.

CLARA.—¿Capitán?

CONR.—De barco en la marina francesa.

CLARA.—¿Otro nuevo subterfugio?

CONR.—(*Va á coger su sombrero*). Por mi fe que no, yo ya he agotado mi imaginación; os suplico encontréis disculpa á mi conducta pues el motivo es plausible y sobre todo fácil de adivinar.

CLARA.—Caballero, no es preciso un gran esfuerzo de imaginación para ello.

CONR.—Explíquelo, señora.

CLARA.—Os habéis dicho: he aquí una mujer que no es del todo fea, que tiene alguna distinción, algún ingenio y que del primer golpe de vista al ver á el señor Francarville, no ha sabido apreciar sus méritos; pues bien: á esta mujer, con ayuda de una fábula, voy averiguar su domicilio y tener el derecho de que acepte una restitución. Esto abrirá entre los dos una especie de amistad que tal vez cambie con el tiempo en otra clase de sentimientos.

CONR.—Y bien, señora, convenid conmigo suponiendo todo lo que presumo, que ese plan sería el de un hombre verdaderamente enamorado.

CLARA.—¡Enamorado!... ¿Usted está enamorado de mi, caballero?

CONR.—A perder la razón, señora.

CLARA.—Entonces habeis hecho mala elección, pues yo, yo os detesto.

CONR.—¿Verdad? Gracias, gracias.

CLARA.—¿Me dais las gracias porque os deteste?

CONR.—Sin duda, vais más allá de mis esperanzas; sólo temía que os fuera indiferente... Ahora estoy tranquilo... Usted me detesta, que yo encuentre aún una ocasión de seros desagradable y llegaremos al odio... y

sabéis que del odio al amor no hay más que un paso.

CLARA.—Eso es un viejo proverbio.

CONR.—Razón de más. Si no fuera verdad el tiempo lo hubiera hecho olvidar..., con que quedamos en que me detestáis?

CLARA.—¡Pero, caballero!

CONR.—No volvamos más sobre ello..., vos me detestáis, y yo os adoro..., la situación es bien clara.

CLARA.—No, señor, caballero, usted sabe por qué yo le aborrezco, y yo no por qué usted me ama.

CONR.—¿Por qué yo os amo?, pues sencillamente, porque al veros os he encontrado hermosa, porque hablándoos os encontrado espiritual, porque juzgándoos os he encontrado buena.

CLARA.—¿Y vos me habéis amado como decís en las dos horas transcurridas del paso de *Douvres* á *Calais*?

CONR.—¡Oh!, no, señora, no, no, no, mi amor no data de dos horas, es de fecha más antigua, ¡es de *dos dias!*

CLARA.—¡Ah!, verdaderamente os pido perdón, eso ya es una fecha respetable. (*Se sienta en una butaca cerca de la chimenea.*)

CONR.—Yo os he visto en Drury. Al salir dije á mi cochero que siguiera vuestro carruaje, así es como me enteré que habitábais en el Hotel del Tamesis Regent-street. Allí me informaron que usted es libre é independiente, y allí adiviné, por fin, que usted era la mujer que el cielo me destinaba...

CLARA.—¡Ah, lo habéis adivinado!

CONR.—Sí señora, tengo la felicidad de estar dotado á veces y en ciertos casos de doble vista...

CLARA.—Os felicito por ello

CONR.—Ayer dejé Londres al mismo tiempo que usted, decidido á seguirla hasta el fin del mundo.

CLARA.—Yo espero que no irá usted hasta tan lejos.

CONR.—Mejor que mejor, ¡he ido tantas veces hasta allí!

CLARA.—Todo esto no puede ser más ingenioso (*toca el timbre*), solamente comprenderéis que una vez la situación aclarada, no tengo más que una súplica que haceros, y es que en mi ausencia, persigáis la restitución de mi pañuelo, y si lo lográis, lo depositeis aquí en el hotel del Correo, donde yo lo reclamaré. (*El mozo entra.*) Usted me ha dicho que era muy fácil el procurarse un coche y caballos, ¿no es verdad?...

ESCENA VIII

Los mismos y el Mozo.

MOZO.—Sí, señora.

CLARA.—Necesito caballos y un coche, dentro de diez minutos parto. (*A Conrado.*) Caballero, he tenido el honor... (*Sale*)

ESCENA IX

CONRADO y el Mozo.

CONR.—¡Ah, con que tenéis el honor, creéis que tan fácilmente se marcha!, lo veremos... Mozo.

MOZO.—Señor.

CONR.—¿Cuantos caballos hay en la cuadra?

MOZO.—Cuatro.

CONR.—¿Son todos?

MOZO.—Y demasiados desde que existe el ferrocarril.

CONR.—Ponedlos en el coche que tenéis preparado para esa señora.

MOZO.—Pero, caballero, tened en cuenta que esa señora ha pedido ya un coche y caballos.

CONR.—Y yo los pago, y los pago cuatro veces más de lo que valen, de suerte que al mozo, que le doy diez luises, aun pagando doble guías, le restarán todavía ocho luises para él... Mi criado subirá en el coche... he aquí una nota para él...

MOZO.—Entonces, caballero, esas son otras razones.

CONR.—Id aprisa.

MOZO.—¿Qué es lo qué dirá esa señora?

CONR.—Héla aquí (*hace salir á la fuerza al mozo)*, despachad pronto... (*El mozo sale y Clara entra.)*

ESCENA X

CLARA y CONRADO.

CLARA.—Ese condenado pasaporte (*va á mirar papeles de la mesa*), dónde lo he puesto... (*Viendo á Conrado.)* ¡Ah, estáis aun aquí...

CONR.—Es una inspiración que he tenido y me he quedado, aunque no esperaba más verla.

CLARA.—(*Va á la chimenea.)* ¡Oh, Dios mío!, es una desgracia lo que me sucede, si usted supiera!. . Yo busco mi pasaporte y decididamente, creo que lo he dejado en Douvres. (*Busca en el saco.)*

CONR.—¿Así es, señora, que estáis completamente decidida á marchar?

CLARA.—Completamente decidida.

CONR.—¿Ni súplicas, ni ruegos pueden deteneros?

CLARA.—Ni ruegos, ni súplicas.

CONR.—¿Me odiáis aún y siempre?

CLARA.—Dios mío, he pensado que, después de todo, yo no tengo contra usted más motivo de odio que esa historia del pañuelo, y en verdad, reflexionando seriamente, he pensado que el hecho en sí no ha servido más que para una mera galantería que yo, como soy buena, os perdono.

CONR.—¿Y partís?

CLARA.—Tan pronto como el coche y los caballos estén listos; no oís ya el ruido de ellos...

CONR.—Y bien, señora, ¿me otorgaríais cinco minutos de espera?

CLARA.—¿Qué hará usted en cinco minutos?

CONR.—¿Yo que sé? Anteayer ví representar en Londres á *Romeo,* ¡y sabed que allí aprendí que sólo le bastaron á Romeo cinco minutos para hacerse amar de Julieta!

CLARA.—Es cierto: pero Romeo, no era marino?

CONR.—¿Tenéis algún prejuicio contra los marinos?

CLARA.—Yo tengo contra ellos lo que generalmente se dice de los hombres que juran, que fuman...

CONR.—Yo, señora, no solamente no fumo nunca, sino que tengo horror al tabaco; así que, á bordo de mi buque, el cigarro está prohibido .. En cuanto á jurar, creo que desde que he tenido el honor de conversar con usted, he disimulado bastante diestramente este hábito, con lo cual habré demostrado y convencido á usted que no está profundamente arraigado en mí.

CLARA.—¿A qué propósito me dice usted todo eso?

CONR.—¿No me ha dicho usted que me detestaba? ¿No acabáis de confesar que ya no me odiáis? Observo que ya es tiempo que yo comience á hacerme querer.

CLARA.—Caballero, yo no amaré nunca á un hombre que me dejaría sola nueve meses del año para ir á hacer sus viajes, ya al Senegal, ya al Brasil... Pero en verdad, ahora pienso que ese coche viene bien lento.

CONR.—Ese reproche no puede felizmente para mí tener más fundamentos que los dos anteriores... Yo tenía simpatías políticas con el gobierno que acaba de dimitir, y por consecuencia, acabo desde Londres de enviar mi cese al ministro de Marina.

CLARA. ¡Ah!

CONR.—Así es que entro desde luego en la categoría de los marinos sedentarios, y si esta condición puede redundar en mi favor, si cincuenta mil libras de renta y un hotel en París, una casa de campo en Bellevue, un palco en los Italianos...

CLARA.—Deteneros en vuestra relación, caballero; á pesar de esta bella enumeración..., mi mano y mi palabra están comprometidas.

CONR.—Esto ya es otra cosa, y, ¿venís de Nueva York sola para ..?

CLARA.—Vengo de Nueva York para casarme con un hombre que amo y que me espera.

CONR.—Dios mío, permitidme, señora, de deciros que eso no probaría aún nada.

CLARA.—¿Cómo que eso no prueba nada?

CONR.—No... Yo había partido de París para ir á casarme en Nueva Orleans con una mujer que me adoraba y me esperaba.

CLARA.—Y bien, ¿qué?

CONR.—Y bien, que adorándome y esperándome se ha casado con otro.

CLARA.—Veo que habéis tomado esa desgracia con mucha filosofía.

CONR.—Comprenderá usted que en ese caso no tenía más que dos resoluciones que tomar: arrojarme al mar ó consolarme..., me arrojo al agua, sé nadar, sacrificio perfectamente inútil..., he tomado el partido de consolarme.

CLARA.—En verdad que sois el hombre más extraño que yo he tratado. felizmente he aquí el coche que llega; sino fuera porque me esperan me hubiera detenido para estudiar en usted un caso muy curioso.

CONR.—Usted se hubiese quedado.

CLARA.—Yo creo que sí.

CONR.—Pues estáis satisfecha.

CLARA.—¿Qué decís?

CONR.—Ese no es el coche que llega, es el coche que se va...

CLARA.—Cómo, ¿mi coche se va?

CONR.—Sí, señora, y os pido mil perdones; yo ignoraba la santidad del motivo que os traía á Francia, no veía ese deseo de locomoción tan rápido más que por la necesidad de alejarcs de mí..., y como yo experimentaba la necesidad contraria...

CLARA.—Abreviad. ¿Qué habéis hecho?

CONR.—He mandado enganchar los cuatro caballos que había en la cuadra á el sólo coche que tenían en la cochera, y enviado á mi criado á comprar ostras á Boulogne.

CLARA.—Ostras á Boulogne.

CONR.—Sí, señora, son infinitamente más frescas que en Calais.

CLARA.—¡Oh!, caballero, esta vez es demasiado fuerte lo que...

CONR.—Dignaros recordar, señora, que yo antes ignoraba el motivo.

CLARA.—En verdad que tal conducta... caballero; abusáis de mi debilidad, de mi aislamiento..., eso es odioso..., es indigno... ¡Oh, caballero!

CONR.—Señora...

CLARA.—No os aproximéis, no me habléis más.

CONR.—Permitidme, señora, que después de todo no es más que un retraso de algunas horas. Usted no marchará esta tarde, pero podrá salir mañana de mañana; he aquí todo.

CLARA.—Sabed que ese retraso causa en mi corazón un disgusto cruel, me destruye una esperanza, un proyecto, una alegría desde largo tiempo esperada y soñada...

CONR.—Será posible...

CLARA.—Ese hombre, de quien yo soy su prometida y por quien me apresuro á marchar, sabed que desde hace más de dos años languidece en la soledad esperando mi vuelta.

CONR.—Desde hace dos años...

CLARA.—Usted me habla de amor, he ahí un cariño digno de simpatía, digno de reconocimiento, digno de todos los sacrificios de una mujer. Sí, señor, desde hace dos años, desde el día en que por exigencias de familia me obligaron á casarme con un viejo que me metió en el fondo de la América; este pobre hombre que me amaba desde la infancia se ha condenado al retiro más absoluto, fastidiado y mortificado en su soledad. Partid, me dijo, yo parto también, yo me destierro de este mundo, del cual no seré más...; me enterraré en la soledad y así permaneceré hasta el día en que vuelvas á decirme: «ya soy libre», heme aquí.

CONR.—¿Ha dicho eso y lo ha cumplido?

CLARA. Sí, señor, y pensad además que ni el consuelo ha tenido de escribirme, porque yo se lo había prohibido.

CONR.—Señora, tiene usted razón, amadle, casaros, ese joven vale más que yo..., yo me hubiera matado ó os hubiera seguido..., pero no me hubiera encerrado dos años en un desierto...

CLARA.—Sí señor, yo me casaré con él, le amo, ¿lo oís? me despreciaría á mí misma si así no fuere, y yo consideraba una felicidad sorprenderle esta tarde inesperadamente, en

medio de su familia precisamente reunidos hoy por ser sus días.

CONR.—¡Ah!

CLARA.—Sí, son sus días y ya estaba gozando de antemano con la sorpresa de su alegría, cuando me viera aparecer de improviso, avanzar hacia él y me oyera decirle: amigo mío, yo también os traigo mi ramo á vuestra fiesta, que es mi mano y mi corazón, que son vuestros, tomadlos. Y usted sin compasión, sin piedad.

CONR.—¡Señora!...

CLARA.—¡Ah!, basta caballero, alejaros, no os presentéis más delante de mí, os lo suplico, os lo mando...

CONR.—Señora, merced para un desgraciado... Si yo hubiera sabido..., si hubiera pensado..., esas lágrimas que usted derrama y que yo recogería al precio de mi sangre, es el más cruel castigo que usted podría imponerme... Pero estad segura, consolaros, si queda algún caballo, algún coche en el pueblo..., tenga que comprarlo, tenga que arrebatarlo de los que bajan ó suben para Calais, usted marchará, os lo prometo, os lo juro, partireis aunque tenga que conduciros á la Daumont. (*Sale.*)

ESCENA XI

CLARA.—Veamos si no es un nuevo ardid...; pero no, él parece verdaderamente emocionado, y creo que tiene arrepentimiento sincero de lo que me ha hecho...; es, decididamente, mejor que yo creía... (*Mira el reloj*). Las ocho de la noche... Hace ya cuatro horas que estoy aquí...; es espantoso, qué rápidamente pasa el tiempo...; es cierto que cuando se disputa... (*Aparece el mozo con luz*). ¡Ah! venid, mozo.

ESCENA XII

CLARA y el MOZO.

MOZO.—¿La señora ha encontrado el pasaporte?

CLARA.—No..., no sé lo que he hecho de él..., dígame otra cosa más importante.

MOZO.—¿Cuál, señora?

CLARA.—El señor Francarville ha salido á buscar coche y caballos... Pero si no fuese posible encontrarlos, ¿sería fácil enviar un demandadero al castillo de la Bassée?

MOZO.—¡Oh, señora, hay dieciocho leguas de aquí al castillo!

CLARA.—Yo creo que á todo correr sería cosa de cuatro ó cinco horas el llegar.

MOZO.—Sí.

CLARA.—Y que dando diez luises al que prestase ese servicio...

MOZO.—Peste, la señora paga bien .. es, como el caballero... Procuraré encontrarlo rápidamente.

CLARA.—Está bien, amigo mío... (*Se dispone á escribir*). ¡Pobre Ernesto, él al menos tendrá carta mía!

MOZO.—Hé aquí el señor Francarville.

CLARA.—¡Ah, bien caballero!

ESCENA XIII

CLARA, CONRADO y el MOZO.

CONR.—(*Triste.*) Bien, señora, dentro de cinco minutos un coche con dos caballos estará á la puerta del hotel y podréis ir hasta el primer cambio; así será usted feliz y yo seré el único que se apenará toda su vida de mi sueño de amor de un instante...

MOZO.—(*Aparte*). ¡Adiós mis diez luises!

CLARA.—(*Tendiendo la mano á Conrado*). Gracias, caballero, reconozco que su conducta es la de un hombre galante, y si la casualidad quiere que nos volvamos á encontrar por el mundo, será un verdadero placer para mí volveros á ver...

MOZO.—¿Entonces, señora, es inútil buscar un mensajero para la Bassée?

CLARA.—Completamente inútil, amigo, salid..., pero para que no perdáis vuestro tiempo y las molestias, tomad. (*Le da una bolsa*).

MOZO.—Gracias, señora. (*Sale.*)

ESCENA XIV

CLARA y CONRADO.

CONR.—Perdón, señora, acabáis de pronunciar un nombre, ó mejor dicho, el mozo..., el nombre de la Bassée... ¿es que por casualidad, es al castillo de la Bassée adonde se dirige?...

CLARA.—Sí. ¿Por qué? ¿Es que conocéis alguien en los alrededores...?

CONR.—Yo conozco al propietario del castillo.

CLARA.—Al señor Ernesto de Montalait.

CONR.—Sí, al señor Ernesto de Montalait precisamente..., es mi primo.

CLARA.—Vuestro primo, ¿cómo es eso?

CONR.—¿Qué cómo Ernesto es mi primo?

CLARA.—Yo os lo pregunto, sí.

CONR.—¡Ah, Dios mío!

CLARA.—¿Qué?

CONR.—Una idea.

CLARA.—¿Cuál?

CONR.—Extraña, fantástica, sobrenatural, y por lo tanto...

CLARA.—Bueno.

CONR.—El relato que hace un momento hicistéis de vuestro amor.

CLARA.—Acabad.

CONR.—Sí, debe ser, no puede ser más que *él*.

CLARA.—Bien, caballero, ¿quién es ese *él*?

CONR.—Será verdad, señora, será *él*..

CLARA.—Caballero...

CONR.—Reunid todo vuestro valor, toda vuestra resignación, toda...

CLARA.—Usted me anonada..., es que Ernesto...

CONR.—Sí señora

CLARA.—¿Está enfermo?

CONR.—No.

CLARA.—¡Cielos, muerto!...

CONR.—Peor que eso...

CLARA.—¿Pues qué entonces...? ¡Dios mío!

CONR.—Es mi primo, señora.

CLARA.—Ya lo sé, me lo acabáis de decir.

CONR.—Y es mi primo porque él ha...

CLARA.—Porque él ha...

CONR.—Porque él se ha casado con mi prima.

CLARA.—¡Casado!

CONR.—Completamente casado.

CLARA.—¡Imposible!

CONR.—Nada más seguro que eso, soy yo quien lo ha casado, quien lo ha conducido al altar.

CLARA.—¡Usted!

CONR.—El pobre Ernesto había cumplido su palabra en efecto; había venido á enterrarse en vida en su castillo de la Bassée. Al año inspiraba compasión, moría de pena, fué entonces cuando yo, su vecino y amigo, tuve compasión y comprendí que sólo había un remedio á sus males, sólo un consuelo posible; decidí á mi madre para que trajera el remedio en la persona de la señorita Diana, mi prima y sobrina suya; así es que mi pobre amigo se fué poco á poco aliviando, y desde hace diez meses es el más feliz esposo, y desde hace quince días, el más satisfecho padre que pueda haber en el mundo...

CLARA.—Os lo repito, caballero, lo que usted me dice es un imposible...

CONR.—¿Conoce usted su letra?

CLARA.—Sí.

CONR.—He aquí una carta que he recibido en Londres en la que me participa el feliz alumbramiento de su esposa, mi prima.

CLARA.—(*Rechazando la carta con indignación.*) ¡Oh, caballero!

CONR.—Me invita para que apresure mi vuelta á Francia para bautizar su hijo... He aquí que yo que os adoro me atrevería á proponer á usted que me acompañase y fuese la madrina...

CLARA.—Y ¿es usted el que decidió el matrimonio?

CONR.—Y aquí me tiene usted vergonzoso, arrepentido, desesperado... Yo os juro que si hubiese sabido al menos que tan gran interés tenía en que Ernesto permaneciera soltero, le hubiese dejado que se hubiera suicidado, antes que dejarle faltase á su palabra...

CLARA.—Mi primera impresión de usted fué de una gran antipatía, pero nunca hubiera

creído ni previsto que me fuera tan funesta ni tan bien fundada.

CONR.—Señora...

CLARA.—Voy á arreglar mi manta de viaje para marchar, si es que es usted tan amable que me cede el coche y los caballos.

CONR.—Están á su disposición. Muy feliz en mi desgracia de poderos prestar este último servicio.

CLARA.—Muy bien. Aun tengo una súplica que dirigiros.

CONR.—¿Una súplica?

CLARA.—Y es que procure no volver á encontrarse en mi camino, sea cual fuere la dirección que yo tome, temería me ocurriese cualquier otra desgracia. *(Entra en su cuarto).*

ESCENA XV

CONRADO, sólo.

La verdad que ha sido un golpe terrible, lo que podíamos llamar un colmo en buena forma... ¡Y que yo haya ido á buscarla el coche...! Si hubiésemos tenido antes la explicación que después tuvimos... no la habría provisto al menos de ese medio de huir de mí...

ESCENA XVI

CONRADO, PACÍFICO.

PACÍF.—*(En la puerta)*. Si la señora no tiene pasaporte, no marchará, joven.

CONR.—¡Qué oigo! (*Se vuelve*). ¡Qué dice usted, sargento!

PACÍF.—¡Ah, es usted, mi comandante!

CONR.—¡Impedir á esa señora marchar!... ¡Sería usted capaz de ello!

PACÍF.—¡Qué quiere! La policía está sujeta á su consignia, á menos... que usted no conozca á esa señora...

CONR.—Sí, la conozco... ciertamente... tanto como... como se puede conocer á una mujer...

PACÍF.—Ciertamente que si usted responde de esa señora esto modificaría el aspecto del asunto.

CONR.—Un momento, diablo... Yo no respondo de nadie más que de mí mismo, y es bastante...

PACÍF.—Entonces, vuelvo á lo manifestado; si la señora no tiene pasaporte, no marchará.

CONR.—Bravo, sargento, inflexible como el destino...

PACÍF.—El destino es la consigna.

CONR.—(*Pegándole en la espalda.*) ¿No se dejaría seducir por el encanto de dos bonitos ojos?

PACÍF.—El encanto de los ojos no me seduce.

CONR.—¿Y por el ofrecimiento de una buena bolsa bien repleta?

PACÍF.—Cuando se me ofrece una bolsa yo la aprisiono...

CONR.—¿La plata?...

PACÍF.—La plata primero, y la persona después...

CONR.—Sargento, sois la gloria de la policía..., de esa institución que sabe compaginar el deber con la galantería sin menoscabar el rigor del servicio ..

PACÍF.—Comandante, usted me confunde con respecto á ese asunto; estad tranquilos, la policía es suficiente instruída...

CONR.—Muy bien. (*Al mozo que entra.*) Mozo, presentaréis mis respetos á la señora, y la dices que marcho desesperado de haber provocado su cólera.

MOZO.—Está bien, se le dirá. ¿Y vuestro criado cuando llegue con las ostras?...

CONR.—Se las comerá primero, y en seguida, que se me reuna en París en mi hotel. (*Sale.*)

MOZO.—Sí, señor. ¡Las comeremos!

ESCENA XVII

CLARA, PACÍFICO, MOZO

CLARA.—No está... ¿Cómo, un policía?...

MOZO.—No os asustéis, señora, es el policía Pacífico que viene á leer su pasaporte.

Pacíf.—*(Con la mano á la gorra.)* Salud, señora, perdón si os molesto.

Clara.—¡Dios mío, caballero, era mi doncella la que llevaba ese maldito pasaporte y se ha quedado con él en Douvres, donde la dejé enferma!

Mozo.—Entonces, voy á despedir el coche.

Clara. ¿Cómo despedir el coche?

Pací.—Está prohibido circular sin pasaporte.

Clara.—Pero, caballero.

Mozo.—A menos que la señora no conozca alguno en Calais que responda por ella.

Clara.—Yo no conozco aquí más que al señor Francarville.

Pacíf.—*(Sacando un papel del bolsillo.)* Esperad: edad, veintiún años; altura, un metro cincuenta y nueve centímetros, *es ella;* ojos azules, cabellos negros, es ella; tez pálida...

Clara.—¿Es mi reseña la que está usted leyendo, sargento?

Pacíf.—Puesto que así lo confesáis...

Mozo.—¡Ella confiesa!

Clara.—Yo no confieso; yo sólo me aterro de la semejanza...

Pacíf.—¡Oh, se aterra de la semejanza!...

Clara.—Pero, caballero.

Pacíf.—Puesto que la señora no conoce á nadie en Calais, me veo forzado á cumplir con mi deber.

Clara.—¡Dios mío! ¿qué deber?

Pacíf.—El de conducirla ante la autoridad.

Clara.—¡Oh, esto es imposible! *(Al mozo)* Llamad, yo os suplico, al señor Francarville.

Mozo.—*(Que está sentado en el sofá.)* Ha marchado, señora.

Clara.—Marchado..., salido, habrá querido decir...

Mozo.—No, no..., marchado.

Clara.—Pero, ¿para dónde?

Mozo.—Para París.

Clara.—¡Oh, Dios mío!

Mozo.—Él mismo me ha dicho que cuando llegue su criado se le reuna en París, en su hotel, calle Trochet.

Clara.—Os suplico que corráis á llamarlo, tal vez le alcancéis aún...

Mozo.—¡Oh, no, señora!

Clara.—Tenéis veinticinco luises si le alcanzáis.

Mozo.—*(Se levanta precipitadamente.)* Veinticinco luises, ¡oh!... *(Sale corriendo.)*

ESCENA XVIII

Clara y Pacífico

Clara.—Ahora, comprender que no persigo el deseo de escaparme; sólo os demando media hora, á fin de asegurarme si el señor Francarville ha ó no partido ..; durante esta media hora, yo escribiré al alcalde, y yo espero, en fin, que así lo acordaréis...

Pacíf.—Consiento con satisfacción; pero me permitirá usted colocar un policía en cada salida, mientras que yo mismo iré á dar cuenta á las autoridades.

Clara.—Sí, sí; colocad todos los que usted quiera, y puesto que tengo media hora...

Pacíf.—*(A la puerta.)* Os colocáis en esta puerta, no dejando entrar ni salir á nadie, ¿lo oís, guardia? Yo vuelvo dentro de media hora. *Lleva la mano á la gorra.)* Salud, señora.

ESCENA XIX

Clara, sola.

¡Dios mío, qué horrible aventura! Por lo visto no se encuentra al señor Francarville..., y cuando yo pienso que él no está aquí, tal vez por apresurarse á unirse á ese indigno de Ernesto... En verdad, parece que despierto de un espantoso sueño. *(Se oye el ruido de un sable.)* No... No, mi centinela está en su puesto... ¡Qué hacer, Dios mío, qué hacer!... Voy á morir de vergüenza..., esto es para perder la cabeza... *(Llaman á la ventana.)* He oído ruído... *(Nueva llamada.)* Es en la ventana..., hay alguien, me parece... ¿Quién está ahí?...

Conr.—*(Al otro lado de la ventana.)* Chist.

CLARA.—Es él, es Dios quien me lo manda (*Abre la ventana*), ¿es usted señor Francarville?

CONR.—Sí. (*Salta por la ventana y apaga la luz.*)

ESCENA XX

CLARA y CONRADO.

CLARA.—¿Qué hace usted?

CONR.—Apago la luz que podía denunciarnos.

CLARA.—Usted sabe lo que sucede.

CONR.—Sí, sé que la policía os toma por una gran culpable.

CLARA.—Caballero, usted responderá por mí, ¿no es eso...?

CONR.—A la señora no la conoce nadie en Calais y no hay más que un medio...

CLARA.—¿Cuál?, dígale.

CONR.—El de huir.

CLARA.—¿Por dónde?

CONR.—Por la ventana.

CLARA.—¡Nunca!

CONR.—El coche os espera al extremo de la calle...

CLARA.—Caballero...

CONR.—Escuchad, no hay tiempo que perder ..; envolveos en este pañuelo y venid...

CLARA.—¡Oh!, no, no.

CONR.—Es vuestro único recurso...

CLARA.—Yo no me atrevo.

CONR.—Voy á descender el primero...

CLARA.—¿El primero?... no, no. Prefiero bajar la primera... (*Va á la ventana y lanza un grito, pues ve á el policía.*) ¡Ah!

ESCENA XXI

CONRADO, CLARA, PACÍFICO.

PACÍF.—Yo os detengo, os detengo; mala treta, por mi fe, desgraciada. El padre Pacífico es un *vivo*; mozo, luz. (*Salta por la ventana*).

CLARA.—(*Agarrándose al brazo de Conrado*). ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ESCENA XXII

Los mismos y el Mozo.

MOZO.—Aquí está la luz.

CLARA.—¿Qué hacer?

CONR.—Señora, tomad mi pasaporte.

CLARA.—¡Vuestro pasaporte!

CONR.—(*Aparte*). Yo os había dicho que contaba casarme en Nueva Orleans.

CLARA.—Sí, señor.

CONR.—Y estaba tan seguro de traer mi esposa conmigo... ved, señora... (*Presenta abierto un pasaporte*).

CLARA.—(*Leyendo las líneas que le indica*). M. Francarville... y su esposa... ¡Oh, caballero!

PACÍF.—Señora, con todas mis consideraciones á su sexo, yo me veo precisado á deteneros... ¡Guardias!... (*Dos guardias en la puerta*).

CLARA.—Vamos, dádmelo, puesto que es preciso. (*Bajo*).

PACÍF.—¿Qué es eso? ¿Qué es esto?

CLARA.—Leed, caballero.

PACÍF.—Dejad marchar y circular libremente. Mr. el barón Conrado Francarville con su esposa. (*Mira á Conrado que está oculto*). Y, ¿cómo, comandante, la señora es vuestra esposa?

CONR.—(*Tomando el brazo de Clara*). Ya lo veis.

PACÍF.—¡Y hace un momento usted no respondía de ella!

CONR.—(*Aparte al sargento*). Sargento, ¿se atrevería usted á responder de su mujer?

PACÍF.—Por mi fe que no.

MOZO.—Y yo pienso igual.

CLARA.—Cómo caballero, usted no ha querido responder por mí.

CONR.—Perdón, señora, no había más que ese medio para detener su partida... Pero este

será mi último crimen, porque yo ya he reparado el primero.

CLARA.—(*Mirando el pañuelo que le enseña*). ¡Ah, y también mi pañuelo!

CONR.—En cuanto á mis otros crímenes...

CLARA.—Yo creo que sólo tengo un medio de castigaros y vengarme...

CONR.—¿Cuál?

CLARA.— El de guardar este pasaporte.

FIN